

en una criatura tan pequeña. Todos la abrazaban, la celebraban, y la tenían por una niña bien criada, porque sabía dar á cada uno su lugar sin salir de la esfera de cortesana del día.

Estos generales aplausos eran causa de celos á los padres de Pomposita, lo que don Dionisio disimulaba con prudencia.

No tenía tanta Eufrosina, la madre de Pomposa, y así de cuando en cuando explicaba su celillo en buen idioma, echando en cara al coronel la diversa educación que daba á su hija. Una vez, estando yo delante y acabando de celebrar la urbanidad de Pudenciana un caballero, luego que éste se despidió, entre colérica y sonrojada Eufrosina dijo al coronel: — Y bien, hermano, habrá usted quedado muy ancho con los elogios que ha hecho á Pudenciana ese botarate hablador que acaba de salir, ¿no es eso? Pues no, no se engría usted, porque, yo siento decirlo, al fin estimo á usted, como que es mi hermano y la muchacha es mi sobrina; pero á la verdad, le está usted dando una crianza muy paya. Eso de levantarse del asiento una mujer para recibir ó despedir á los hombres, tratarlos de señorías ó de usía, hablarles por sus nombres y no por sus apellidos, y otras cosas de estas son vejestorias, antiguallas y payadas. No, señor; las mujeres siempre hemos de manifestar que somos señoras, y que nos merecemos muy

bien las atenciones de los hombres, á quienes harto favor hacemos con admitirlos á que nos sirvan y obsequien. Si manifestándonos las mujeres civilizadas con esta superioridad que nos concede la culta moda, todavía tenemos que sufrir algunas llanezas, atrevimientos y desprecios de los hombres, ¿qué fuera si nos humilláramos como las payas? ¡Jesús! nos quisieran tratar á la baqueta, se darían por muy bien servidos de nuestras importunas humillaciones, escasearían sus obsequios y comedimientos y creerían tener en cada señorita una criada más á quien mandar. Yo digo á usted esto por su bien y por el de mi pobre sobrina; por lo demás, usted es su padre y hará lo que le diere gana. En todo caso usted no se envanezca, ni ella tampoco, con las alabanzas que le dan algunos, pues ya usted ve que de estos alabadores unos son viejos, reviejos enemigos de toda moda; otros son ó se quieren hacer medio sanchuchos; otros manifiestan ser unos payos de ciudad sin principios, y otros, por último, son unos aduladores declarados, que tanto alaban á mi hija como á la de usted, sin saber por qué alaban á ninguna de las dos, sino por pagar con sus lisonjas el chocolate, el café ó el almuerzo que vienen á tomar á nuestra casa. Ya usted ve qué buena gente alaba á Pudenciana de bien criada; payos, tontos, viejos hipócritas y lisonjeros. Así saldrá ello; pero vuelvo á decir que usted hará lo que le dé la

gana, pues al fin es su padre, y no me debo meter en la renta del excusado.

Oyó el coronel con bastante socarronería este largo y desatinado sermón que yo deseaba concluyera, esperando que él pusiera como un trapo á mi señora doña Eufrosina; pero no lo conseguí, porque con la mayor prudencia y sonriéndose, sólo dijo:—Usted, hermana, dice bien; pero por ahora es menester que Pudenciana haga lo que le mando, aunque no sea moda; porque es muchacha y es preciso que se enseñe á tener respeto á sus mayores sin acordarse de que es mujer... Y dígame usted, ¿le han avisado que la vinieron á convidar de parte de la señorita Tello para su baile de esta noche?—¿Pues qué, tiene baile la Tello?—Sí, tiene: se ha casado Carmelita.—Pues es preciso admitir este convite. Vaya, vamos á comer temprano para vestirnos.—Sí, hermana, coman ustedes que nosotros vamos á hacer lo mismo.

Así cortó el coronel la disputa y la contestación con su cuñada; pero como Matilde había oído hablar tantos despropósitos, quedó como indecisa sobre cuál de las dos crianzas sería la mejor, si la que daban á Pomposa, ó la que el coronel daba á su hija.

El coronel advirtió la sorpresa de su mujer, y para prevenirla contra sus resultados, le dijo:—Tu hermana habló como una mujer necia. Yo no quise trabar con ella una disputa, porque sería infructuosa á los

dos; yo no tenía que aprender nada de ella, ni tampoco habría querido ella convencerse de mis razones; mas á tí, que siempre me escuchas con docilidad y gusto, te debo instruir de buena gana, porque tú transmitas á nuestra amada hija mis lecciones, cuando sea capaz de comprenderlas, si la muerte me impidiere hacerlo por mí mismo.

En esta inteligencia has de saber que es un error pensar que las mujeres tengan, por ningún título, alguna superioridad sobre los hombres como cree tu hermana.

Por la ley natural, por la divina y por la civil, la mujer, hablando en lo común, ¹ siempre es inferior al hombre. Te explicaré esto. La naturaleza, siempre sabia y obediente á las órdenes del Criador, constituyó á las mujeres más débiles que los hombres, acaso porque esta misma debilidad física de que hablo les sirviera como de parco ó excepción para conservarse en aptitud para ser madres y sostener la duración del mundo... Creo que no me entiendes; te lo diré más claro. La naturaleza, ó hablemos como cristianos, su sapientísimo Autor, no concedió á las mujeres la misma fortaleza que á los hombres, para que éstas, separadas de los trabajos peculiares á aquéllos, se destinasen únicamente á ser la delicia del mundo, y de consiguiente fuesen las prime-

¹ Los ejemplares que se pueden citar de algunas mujeres que, sentadas en los tronos, han logrado, no sólo la absoluta independencia de los hombres, sino la dominación sobre ellos, son excepciones de esta regla.

ras y principales actrices en la propagación del linaje humano.

Cuando te digo que las *primeras y principales*, no quiero negar á los hombres lo importante de su cooperación; no te hablo como físico ni como médico. He leído algo sobre el arcano de la generación; sé que los hijos llevan el apellido de los padres y no el de las madres; sé que es justo y sé por qué; pero no me toca explicarlo, ni á tí te importa mucho el saberlo. Te hablo únicamente como filósofo; y así te digo, que las mujeres son los principales agentes de la conservación del género humano; porque la mujer, no solamente concibe el feto, sino que lo nutre en su vientre, lo alimenta con sus pechos, lo acaricia, se entrega á todo su cuidado en su infancia y no lo separa de su seno hasta que no está en estado de manejarse por sí con libertad.

Ahora sí pienso que has comprendido cuán gravoso es el cargo de una madre, cuán recomendable el mérito de la que sabe desempeñar este título, y con cuánta razón la naturaleza las debilitó por una parte para hacerlas útiles por otra.—No tenga, dijo el Autor de la naturaleza en el acto de la formación de la mujer, no tenga ésta la robustez del hombre, que rinde á una fiera; no tenga la intrepidez del hombre, que se arroja entre las balas y degüella enemigos de ciento en ciento; carezca del tesón del estudioso, que entre libros y vigili-
as se con-

sume por indagar el curso de los astros, por coordinar los gabinetes ó averiguar el origen y modificación de las pasiones humanas. Quédense para éstos en hora buena las fatigas del campo, los peligros de la milicia, los afanes del comercio; resérveseles el penetrar los arcanos de la moral y la política; escudriñen cuanto puedan las verdades de la física, química y matemáticas; arriésguense á los mares y háganse árbitros despóticos de las ciencias y de las artes, de la religión y del gobierno, de la paz y de la guerra; pero en cambio quédese para las mujeres ser el gozo, el descanso, el mayor placer honesto de los hombres, el depósito de su confianza, el iris de sus disturbios, el imán de sus afectos, la tranquilidad de su espíritu, el premio de sus afanes, el fin de sus esperanzas y el último consuelo en sus adversidades y desgracias; quédese para ellas, finalmente, el ser la delicia de los hombres, el encanto de los sabios, el gozo de los guerreros, el trono de los reyes, el asilo de los justos y el altar primero de los santos, pues todo esto será la madre á cuyos pechos y en cuyos brazos se criarán los sabios, los reyes, los justos y los santos.

Ves aquí, hija mía, cuánta es la dignidad de las mujeres consideradas como esposas y madres de familias, y qué bien remuneradas se hallan de aquella debilidad en que son constituídas respecto de los hombres;

pero, después de todo, esta misma debilidad las hace inferiores á ellos por ley de la naturaleza.

Teniendo en consideración esa misma debilidad, las leyes civiles las han separado del sacerdocio, gobierno, política y arte de la guerra, que les ha confiado á los hombres, de cuya privación resulta un justo premio debido al bello sexo, y tan justo, que los hombres en haberlas excluido de estos cargos no han hecho más que premiarles sus peculiares ejercicios, recompensarles sus fastidiosas fatigas y buscar sus propias conveniencias; porque conveniencia de los hombres es el cuidar y conservar á las mujeres. El hombre que las vitupere por razón de la diferencia del sexo, debe ser declarado por necio y por ingrato; pero al fin de todo, hemos de confesar que justísimamente las mujeres son inferiores á los hombres por las leyes civiles. ¡Qué bien se acomodaría una mujer con un niño en los brazos asido de un pecho y sobre el otro apoyando un fusil! Lo mismo digo de una pluma, un formón, un arado ú otros instrumentos peculiares de los hombres: era menester que abandonara el instrumento ó el niño.

Que las mujeres sean inferiores á los hombres por ley divina, no tiene duda. Expresamente condenó el Señor á Eva, y en ella á todas las mujeres, á estar sujetas á los hombres en castigo de la culpa original. Esto

todos lo saben, y así insistir en ello parece que toca en bobería...

—¿Cómo es eso de que todos lo saben? interrumpió Matilde; pues á mí me parece que no lo saben todas, y si lo saben, quisieran no saberlo. ¿Pues no ves el empeño con que mi hermana quiere hacernos creer que las mujeres somos superiores á los hombres? Esto me persuade que ó mi hermana ignora lo que dices, ó á lo menos que no lo cree mucho.

—Tienes razón, dijo el coronel; tu persuasión es justa, y según ella debes tener á tu hermana por una necia soberbia, y no sólo á tu hermana, sino á infinitas mujeres que piensan como ella; mas en obsequio de la verdad y de tu sexo, debes disminuir á lo menos el cargo que les resulta de este bastardo modo de pensar, pues no tienen las mujeres toda la culpa de ser tan necias (hablo de las que lo son) y orgullosas como manifiestan.

—¿Cómo no? decía Matilde, ¿pues quién la tiene?

—Los hombres, dijo el coronel; los hombres que les dan la primera educación moral en su niñez y los que se la robustecen ó pervierten en su juventud. Estos son los culpables del orgullo y desordenado modo de pensar que se advierte en las mujeres, especialmente en las jóvenes hermosas; así como son recomendables cuando piensan con juicio y solidez las mujeres que ha puesto á su cuidado la naturaleza ó el matrimonio.